

Nombre de la Obra: **En el clamor del Zonda**

Autora: **Graciela Simone**
(**Inspirado en una leyenda autóctona**)

De pronto, me vi caminando sola. El suelo árido, el sol abrasador y una quietud silente me hacían tener la sensación de estar en medio de la nada, como si el mundo se hubiera despedido de la vida.

A lo lejos, se lograba divisar una nube de polvo que se avecinaba a gran velocidad. Parecía ir devorando todo a su paso. Sentí pavor pero no perdí la calma. El calor era insoportable.

Sed. La garganta reseca se me cerraba como queriendo entregarse a la muerte. Ya no sentía mis piernas, no sentía el suelo. Había sido arrasada por el impetuoso viento que me alcanzó y me trasladó más allá de mi voluntad, con un dominio espantoso.

Al parecer, me quedé dormida pues no sé en qué momento vine a dar hasta aquí. Ahora todo está calmo, como si el mundo estuviera en sus comienzos pero lo cierto es que el infierno se vistió de viento y me sentí morir.

¿Qué es esto? ¿Una cueva? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué designio maravilloso me trajo y para qué?

-Yo te mandé llamar.

Una voz suave, calma, habló a mis espaldas y confieso, me sentí segura, contenida, me sentí en familia. Lentamente, me di vuelta buscando el origen de la voz y sólo vi grandes rocas grises con olor a tiempo. En varias había gráficos, rudimentarias improntas frescas, como recién dibujadas. ¿Qué desconcierto? ¿Estoy en 2020! ¿Estaré soñando?

Y cuenta la leyenda que Hunuc era hijo del sol y la montaña y Huar, era hija del eclipse de sol. Juntos en la unión de su infinito amor tuvieron un hijo, el huarpe. Sin embargo, el sol, celoso de ver la belleza del fruto de Huar, le pidió la vida a Hunuc a cambio de la de su hijo y este se la tuvo que dar, quedando así truncado ese amor.

Y volví a escuchar la voz: -No, no estás soñando.

Impaciente, agudicé la mirada, buscando al ser que me estaba hablando. - ¡Ahí estás! Era una diminuta criatura. Tenía sus ojitos brillantes, puestos en mí. Su cuerpecito era áspero y escamoso, mezcla de tornasolado color herrumbre y mohó. Ahí estaba, posada en una de las rocas, simulando ser una elegante damisela.

En fin. ¿¡Qué podía yo hacer!?. Me sentía confundida. Sin perder la calma pues no presentaba indicio de peligro, me animé a preguntarle:

- ¿Quién sos? Mi voz era temblorosa.

- ¿No lo sabés acaso? Vos pediste volver a verme.

Me quedé absorta. ¿Qué estaba pasando aquí? Yo, hablando con una simpática y engreída lagartija, que sin embargo inspiraba una gran ternura. Me aproximé hacia ella, me senté a su lado y de pronto, desde lo más profundo de mis entrañas, comenzaron a brotarme a borbotones, mil respuestas a la vez.

-Juar ta huanen, kutek wiekshen,* le dije. (En español significa: Esperarte mucho, elevar oración al dios viento)

- No hacía falta que le pidieras al Zonda, volver a verme otra vez. Siempre estuve con vos. Nuestro lazo de unión es la fuerza de nuestro amor.

Entonces, toda la vorágine de sentimientos y pensamientos, se tornaron en claridad, ya no había más torbellinos en mi mente. Al fin, saboreaba la paz. Así es como, sin importar el tiempo y la distancia, el viento Zonda con su calor abrasador, nos fue uniendo a mí, Hunuc con vos, Huar, a través de los siglos. Cuando yo fui suelo árido, vos fuiste



algarrobo, cuando yo fui nieve en la cordillera, vos fuiste río, cuando yo fui serpiente, vos fuiste el nido en el hueco del tronco seco del chañar.

-Wivek enkon cher xumoc. # Le reproché. (En español: Esperarte muchas lunas y muchos soles

- El alma de Huar, hija del eclipse de sol, ha escuchado el lamento del Zonda, y ha venido nuevamente a mí, esta vez convertida en tierra, tierra sanjuanina. La Pachamama está con dolores de parto, el espíritu huarpe una vez más resurgirá.

Ese día fue ayer, en un viaje astral por el valle de Angaco, donde ni fuerza, ni ímpetu, ni poderío pudieron separar aquel amor aborigen del origen de los tiempos.

